

Rafael Gaune.

Escritura y salvación. Cultura misionera jesuita en tiempos de Anganamón, siglo XVII.

Santiago de Chile, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2016, 486 págs.

Rafael Gaune propone en esta obra un recorrido interpretativo a través de distintas imágenes de los misioneros jesuitas en Chile, desde los primeros años de la Compañía en Santiago hasta el periodo de la guerra defensiva (1612-1626). Esta propuesta la realiza mediante el análisis de una notable variedad de escritos jesuitas: desde epístolas hasta tratados, pasando por cartas anuas, manuscritos y todo tipo de documentación propia del quehacer intelectual de los miembros de la Compañía. Un simple vistazo a la bibliografía da cuenta de la variedad de fuentes archivísticas con las que le autor ha trabajado, situadas entre Roma, Sevilla, Madrid y Santiago. De hecho, el volumen supone una puesta a punto y una reorganización de un largo periodo de investigación, vivido por el autor entre Italia y Chile, con visitas esporádicas a otras universidades europeas y americanas.

El primer capítulo está dedicado al “deseo (periférico) de las Indias”, y aborda los treinta años anteriores a la llegada de la Compañía a Chile. El autor realiza aquí un estudio de las cartas “indipetae”, en las que los jesuitas expresaban su deseo de ser misioneros en las Indias, además de textos fundacionales de la orden y correspondencia entre Roma y América. Su objetivo es examinar “las dos vías del deseo de las Indias en los jesuitas: arribar a las Indias occidentales y las nuevas convicciones de expansión, conversión y disciplinamiento de poblaciones indígenas que aparecían una vez instalados en América” (85). Así, según esta tesis, la expansión de la Compañía en las Indias, especialmente en Chile, parte de una estrategia conservadora, de “adaptación y prudencia”, durante el generalato de Francisco de Borja; para pasar, a manos de Everardo Mercuriano y Claudio Aquaviva, a una segunda fase de

discusión, organización y proyección de la Compañía en todo el Cono Sur. Esta nueva estrategia es interpretada desde las nociones historiográficas de disciplinamiento y confesionalización del indígena.

A partir de esta constatación, Gaune propone analizar a los primeros jesuitas arribados a Chile en tanto que “traductores de su tiempo” (117), es decir, en tanto que intérpretes de una nueva realidad (espacial y social) que necesitan descifrar antes de poder evangelizarla de manera efectiva (en línea con la perspectiva de la “traducción cultural” propuesta por Peter Burke y Ronnie Po-Chia Hsia). Así, el análisis de las cartas de Luis de Valdivia entre 1593 y 1598 sirve, por ejemplo, para testimoniar la aplicación doctrinal jesuita de prácticas cristianizadoras en la vida cotidiana de la ciudad de Santiago, conducentes al control de los cuerpos de los cristianizados, la organización de su tiempo y la utilización del espacio común para tal fin (127). Más adelante, la carta anua de 1597, testimonio de la primera misión larga de los jesuitas al sur del Biobío, sirve para analizar su estrategia de “adaptación a la guerra”. Por último, al hilo de la política misionera jesuita, el autor analiza dos imágenes literarias de Chile ligadas a la expansión meridional de la Compañía: la del reino de la precariedad (149) y del campo privilegiado para el consiguiente proyecto de salvación.

El segundo capítulo profundiza la dimensión global del misionar jesuita

en Chile. Su título, “Itinerarios epistolares entre Chile y Roma”, remite al intercambio y la circulación cartácea, pero Gaune va más allá para analizar también imágenes, metáforas y conceptos que conectan, en el imaginario jesuita, América y Europa, Chile y Roma. Situado ya en el marco del proyecto de guerra defensiva de Luis de Valdivia, el autor analiza el intercambio epistolar entre la Corona, la Santa Sede, los provinciales jesuitas y el gobernador. A través de este análisis -en el cual la sede apostólica juega un papel más bien pasivo-, vemos desplegarse la transición, entre 1606 y 1610, de una actitud militante de la Corona frente a la guerra a otra más pacifista (159). Acto seguido el autor analiza la adaptación jesuita al escenario bélico, transitando por diversas fuentes documentales que sirven para situar la escena local en una dimensión global. Así, los diferentes pareceres de Aquaviva y Horacio Vecchi sobre la “calidad” de los misioneros que necesita Chile muestran cómo “la fisonomía y los objetivos de la misión dependían también de otras realidades” de carácter global (188).

Este tema permite a Gaune proponer una nueva imagen del misionero como “hacedor” (en referencia al cuento de Borges), es decir, como creador de una imagen del mundo que hace circular por los distintos canales de comunicación global a disposición de los miembros de la Compañía. Un estudio de las cartas anuas de la Provincia de Chile, escritas entre 1608 y 1625, per-

mite al autor mostrar el modo en que la elaboración retórica de las mismas genera una realidad literaria e imaginaria que no podemos, en ningún caso, tomar como mera descripción de hechos. Así, estos documentos ponen en práctica un “ejercicio narrativo multiforme” en el que encontramos comentarios de otros textos, incorporación de otras escrituras, ejercicios narrativos de teatralidad simbólica, proyección de esquemas retóricos ciceronianos y ambiciones propias de la razón de estado monárquica. Todo para configurar “ese paciente laberinto de líneas” (217) que el autor recorre, mostrando la variedad y complejidad de la trama que teje la escritura jesuita, a través de la cual se dibuja un mundo imaginario y a la vez real.

El tercer capítulo retoma el marco de la guerra defensiva para adentrarse en el ejercicio de “composición de la paz” realizado por la Compañía, paz que se modela “por el intento de resolución de conflictos impuesta por el disciplinamiento político-religioso, la aceptación de la paz entre partes asimétricas, la regulación de un orden, la gestión de las paces privadas y públicas y, sobre todo, formar un espacio geográfico de exclusión territorial en donde se reproduzca la universalidad de la paz cristiana, dejando de lado el estado de guerra permanente” (222). Aquí Gaune se apoya en la bibliografía sobre la paz y el perdón como prácticas judiciarias y negociadas (muy influyente en ámbito italiano) para ofrecer una perspectiva sobre el proyecto de guerra

defensiva de Valdivia que complejiza la idea de paz que persigue. Temas clásicos, como el debate en torno al “servicio personal”, son revisitados desde esta perspectiva, que se traduce en la convicción, por parte de los jesuitas, de la necesidad de establecer una paz y un perdón regulados a través de un cuadro de referencia jurídico como condición necesaria para la “profunda y verdadera cristianización” (235).

Consecuentemente con el imaginario bélico, en este capítulo Gaune propone entender al jesuita como “sismógrafo”, es decir, como un actor de la guerra sensible a las distintas sacudidas y temblores propios de las distintas fases del conflicto, según los cambios en la política imperial o romana. Así, el autor sigue las dinámicas de la guerra para plantear la tesis de una convergencia, en 1608, entre el pensamiento jesuita, la Audiencia de Lima y la Junta de Guerra en Madrid, todos interesados en modificar el estado de guerra y paz mediante una modificación del trabajo indígena (254). Tal como atestigua la serie de reales cédulas examinadas en este capítulo, la política jesuita respecto de los indígenas encuentra eco en una nueva política global de paz (la “pax hispanica”) emprendida por Felipe III, que ve en Valdivia un instrumento universal no solo de la Compañía, sino también de los “negocios” de la Monarquía en torno a la guerra y la paz (261). Cierra el capítulo un ensayo sobre la construcción de la imagen del *ulmén* Anganamón en la literatura militar

(Diego Arias de Saavedra y Francisco Núñez de Pineda) y jesuita (Diego de Rosales y Alonso de Ovalle). El araucano simbolizaría, desde esta lectura, “la simulación de la paz y las contradicciones de la cristianización en un territorio no sometido” (292).

Finalmente, el último capítulo está dedicado a “los rostros de la guerra defensiva”. De nuevo, el autor retoma este proceso histórico para abordar, ahora, diversos aspectos religiosos y jurídicos que escapan a la tradicional lectura política. Así, el autor relaciona, en primer lugar, las prácticas y el imaginario misionero de Valdivia con sus lecturas, a partir de los libros que el jesuita pidió al procurador general de la provincia, Alonso Mejía (307), y que empezaban a conformar la biblioteca del Colegio Máximo de San Miguel. En segundo lugar, encontramos un acercamiento a la dimensión religiosa del proyecto de guerra defensiva, definido como “rito de paso” dirigido a convertir cuerpo y alma de los indígenas y transformar, con ello, el espacio de la guerra (323). En tercer lugar, la obra se detiene en la terminología jesuita de la conversión misionera, profundizando en el uso de conceptos como “amansar”, “agasajar” o “ablandar” (338). En cuarto lugar, el autor propone interpretar el martirio en el epistolario valdiviano como una poética política, dentro de la cual una primera reacción más belicosa va dejando paso, en la escritura del jesuita, a un uso político del martirio dirigido a defender su proyecto de guerra defensiva (356).

En quinto lugar, Gaune encuadra el fracaso del proyecto de Valdivia dentro de lo que denomina “el antijesuitismo interno” de la Compañía, centrándose en la oposición a Valdivia al interno de la orden y contextualizándolo en el generalato de Muzio Vitelleschi, más inclinado a la prudencia y el trabajo estrictamente confesional (393). Por último, el autor plantea un análisis de la obra tardía de Valdivia, redactada en el “exilio español”, que la contextualiza dentro de las lecturas y las influencias del jesuita, por un lado, y por otro la conecta con su experiencia previa en América. Surge así la imagen del jesuita como descifrador de su propio pasado.

La última imagen del misionero la propone Gaune en el epílogo de su obra: el jesuita en Chile es un topógrafo, alguien que modela el espacio local dialogando con la escala global a través de la circulación de información, la mediación política, los intercambios epistolares, la relación política con la monarquía hispánica, los lineamientos de los generales de la Compañía y las propuestas jurídicas que emergieron “desde abajo” (428). Esto deja patente, para el autor, la importancia de la producción de localidad para la historia global (siguiendo, aquí, los lineamientos microhistóricos que historiadores como Anacleto Pons posicionan en relación con la historia global). Por último, frente al fracaso de la guerra defensiva en el plano político, Gaune destaca su papel como hito que permitió la con-

sagración del proyecto religioso de la Compañía en Chile.

Estamos ante un libro heterogéneo y ecléctico, que reúne una apreciable variedad de reflexiones, miradas y propuestas interpretativas sobre temas que, por otra parte, son recurrentes. La imagen que guía y da cohesión a esta variedad es la del “caleidoscopio global jesuita”, que encontramos ya en el mismo prólogo y que nos da la clave de bóveda de la propuesta historiográfica del autor. Así, cada capítulo de este libro es, de algún modo, el resultado de un movimiento que el historiador realiza en el caleidoscopio y que nos devuelve, por tanto, una imagen cada vez distinta de un mismo sujeto histórico: el misionero.

Por otra parte, desde su mismo título la obra se presenta no como un estudio sobre el pasado, sino sobre el modo en que ese pasado ha sido escrito, relatado e incluso concebido por sus mismos protagonistas o sus testimonios. De ahí la constante atención, a lo largo del libro, a la forma de decir, al peso de las palabras empleadas por los jesuitas y, en menor medida, los demás protagonistas letrados del libro. Esta atención se traduce en la práctica del detenimiento y la paciencia, en una lectura sin prisas que se demora en los distintos significados de la terminología empleada por los jesuitas para desvelar, así, distintos planos compositivos e interpretativos de la fuente (lo vemos en los análisis de la retórica de las cartas anuas, por ejemplo). El autor nos descu-

bre, de ese modo, los distintos hilos que, dentro de un texto y en la comunicación que se establece con otros, forman una trama de pensamiento, representación y construcción de una imagen determinada del pasado. No en vano, metáforas textiles como las referentes a las tramas y las texturas son de uso común a lo largo de la obra. Es de agradecer que la cantidad innegable de fuentes utilizadas no entorpezca esa morosidad de la lectura, que de algún modo reivindica la filología como saber necesario para comprender las representaciones escritas del pasado (en línea, de nuevo, con la escuela historiográfica italiana, que el autor conoce bien).

Así, lejos de entender las fuentes de la época como reflejos inmediatos del pasado que describen, Gaune se preocupa por el actor y el testigo, por los mediadores y por su forma de representar y representarse la realidad, incluso de “generar” realidad a través de su escritura (la participación política de Valdivia en el proyecto defensivo). El resultado es el desvelamiento de esa cualidad reconstructiva del “hecho en sí” que posee todo relato, lo que supone ejercer una mirada crítica, desconfiada sobre el mismo. No podemos escapar a la mirada del testigo, pero el estudio de los modos de construcción de esa mirada, de la forma en que se ha expresado, de la circulación de que ha sido objeto, del modo en que se relaciona con miradas afines u opuestas; todo eso logra un compromiso con la idea de verdad histórica que, lejano de los postulados

positivistas, no cede a la tentación del relativismo histórico.

Atento lector de Michel de Certeau, Gaune también se muestra consciente de que el relato del historiador constituye otra mediación: es él quien propone las diversas imágenes del misionero jesuita. Esta certeza tal vez explica el juego iconológico que, sin mediar explicación, la obra propone al lector a través de la inclusión de una serie de grabados contenidos en fuentes de la época, cada uno comentado por dos académicos. Como autor de uno de esos comentarios, debo confesar que al principio no comprendí plenamente el sentido de esa propuesta, ese juego de espejos en el que el lector ve reflejadas dos interpretaciones distintas, pero historiográficamente válidas, de una misma fuente. En esos breves comentarios se descubren y se realzan, por comparación, la variedad de intereses, experiencias y presupuestos que conforman la mirada del historiador. Gaune ilustra, así, la subjetividad del relato historiográfico recordando, a su vez, cómo este se conforma en torno al objeto que lo legitima y justifica: la fuente. El calei-

doscopio es, en el fondo, un juego de espejos.

Inevitablemente, la obra presenta algunos detalles mejorables: ciertas repeticiones en determinados pasajes; una terminología un tanto abstrusa en algunas ocasiones; y algunas erratas que escaparon a la revisión final de la obra. Sin embargo, esto no oscurece la certeza de que nos hallamos ante una obra audaz y, al mismo tiempo, erudita, dirigida a un público iniciado en la materia. Así, no espere encontrar el lector una introducción ni un cuadro general, pues no estamos ante un ejercicio de síntesis, sino de interrogación y desciframiento de fuentes textuales que nos devuelve imágenes variadas y multi-formes no de los hechos, sino de sus protagonistas y testigos. Las posibles lecturas que nos propone suponen un valioso ejercicio muy a tener en cuenta por parte de los historiadores, no solo los dedicados a la Compañía.

MARIO PRADES VILAR
UNIVERSIDAD NACIONAL
ANDRÉS BELLO